

# Con nieve hasta el ombligo

Rocío Díaz Gómez

Sobre el asfalto parecían haber desaparecido para siempre las huellas del invierno. Y yo, por más que buscaba, no conseguía ver ya nieve en el arcén de aquella carretera que nos devolvía a nuestra casa.

La nieve... Blancos montones en los que mi hermana y yo, días antes, hundíamos los pies para comprobar su espesor. A los catorce y descarados años de mi hermana la nieve le cubrió por encima de las rodillas, pero a mis inocentes y regordetes ocho años ¿Le tapaba el ombligo? Increíble. Fantástico. Y qué risas andar por la nieve, que no puedes y no puedes por mucho que lo intentes, y te caes y te tiras bolas y todas te aciertan en la cabeza porque no puedes ni moverte un milímetro. Qué divertido. Nunca habíamos pisado tanta nieve. Pero sabíamos que a la vuelta, empapados cómo estábamos, mamá se enfadaría. Por lo de resfriarnos y todo eso. Así que durante el camino ideamos un plan: Le recordaríamos todas esas veces que dijo cuánto nos iba a gustar la nieve, lo blanca y lo blanda que era, cómo brillaba a la luz de la luna. Con cara angelical admitiríamos que era verdad cuánto dijo para convencernos, porque no queríamos trasladarnos al pueblo de su novio, tan lejos de nuestra vida de antes. Sí mamá, diríamos, todo era cómo nos decías: la nieve, tu novio, la felicidad. Y riendo nos abrazaría aún empapados y todo. Sería genial, no reía mucho últimamente. Mi hermana tampoco. Aunque en la nieve, volví a escucharle esas carcajadas tuyas tan fuertes que parecía que su cuerpo iba a partirse por la mitad, o que la boca saldría volando... Pero cuando llegamos a

casa mamá, quizás atareada, no nos regañó aunque dejáramos un camino de enormes gotas por el suelo a nuestro paso. Aún así, nosotros nos fuimos a quitar la ropa, como dijo mi hermana, que a veces manda más que mi madre, y entonces yo le recordé nuestro plan de contarle lo de la nieve a mamá. Pero ella me contestó: “Canijo, otro día, para la cena tengo otro plan más divertido...” Tenía que haber hecho caso a mi hermana y contárselo a mamá al día siguiente, no en la cena. Pero me moría de ganas de contárselo, estaba tan callada, quería verla reír... Lo malo fue que nada más comenzar, mi hermana preguntó al novio de mamá “Y hablando de nieve, dentro de un par de inviernos que complicado ¿no? ¿Con quién jugarás a tirarte bolas: con mi hermano o con otro niño, por ejemplo, el mío? ¿O debo decir el nuestro?” A mi madre se le cayó la cuchara. Y tan blanca como la nieve miró por encima de los platos a su novio que gritó: ¡Eso es mentira! Yo no entendía nada. Pero ya no sé si fue mi madre o mi hermana quién gritó: ¡Eres un cerdo! Yo seguía sin entender nada. Pero comenzó un lío de gritos, ¡mentira!, y lloros, ¡cerdo!, y sillas que se caen y platos que vuelan. Increíble. Nunca había visto nada igual... ¡Vaya día!, pensaba esa noche en la cama, primero la nieve, y luego esa cena. No será nada aburrido vivir aquí, concluí antes de dormirme. Qué engañado estaba.

Porque diez días después los tres volvemos a nuestra casa en el coche. Mamá me ha dicho que a los lados de la carretera aún quedará nieve, que aunque hayan pasado días, si no hace sol, tanta nieve no se deshace... Pero por más que miro y miro por los cristales, a un lado del coche y al otro, apenas queda nieve en el arcén. Brilla el sol sobre el asfalto. Mi madre me mira por el retrovisor. No sé dónde hay más decepción, si en sus ojos o en los míos, y dice en voz alta “Parecen haber desaparecido para siempre las huellas del

invierno...”. “Mejor” contesta veloz mi hermana, bailando los pies sobre el salpicadero al son de la música. Mi descarada, mi cruel hermana, que descubrió el alcance de una bien interpretada mentira en la cena del día que nos hundimos en la nieve, hasta las rodillas ella, y yo casi hasta el ombligo.